

GASTA corbata lisa o de listas, de lazo simple. Lleva desabotonado el último botón de la camisa como para resolver, por ahí, toda la complejidad llena de nudos que enmaraña su cerebro. Alas de mariposa blanca o celeste, los cuellos de la camisa se posan sobre la chaqueta como esperando que alcance el vuelo algún pensamiento. No siempre camisa y corbata están a juego con la barba bermeja y la pelambre del mismo color que incendian, acompañando a sus palabras nunca tibias, la habitación en que esté.

Comienza el año, el primero de la nueva era —*p. s. U., post scriptum Uilixi*— que él, Ezra Pound, ha nombrado como «posterior a que se haya escrito *Ulises*»: después de la novela de James Joyce, que ha ido apareciendo por entregas y a la que el irlandés ha puesto fin la noche del 29 al 30 de octubre. En realidad, Ezra no ha echado un cable a Joyce para que salga a la luz *Ulises*. Le ha echado todo el cordaje, menos el relajado nudo de su corbata. Tiene ideas acerca del patrocinio de los mejores, cree que estos deben escribir sin presiones ni agobios económicos; y él está dispuesto, como lleva ya haciéndolo un tiempo, a mediar, a conseguir ayudas y recursos, a canalizar las obras más valiosas para que lleguen a los destinatarios que las esperan, aunque estos no lo sepan todavía. Por ejemplo, las de James Joyce y las de T. S. Eliot.

Él llegó a Europa en 1908 y agitó las estancadas aguas de la poesía británica con libros que nada tenían que ver con lo

que por entonces se hacía. Azuzó gustos, impulsó revistas, trajo aires orientales al viejo Imperio, en el que no hacía tanto había muerto Victoria, la longeva reina que transmitió inmovilidad desde el trono. Pero Inglaterra acabó por cansarlo, tan insular, tan deliberadamente refractaria a lo nuevo. Tenía que ir a donde se estaba cocinando el mejor arte y donde la mejor literatura podía florecer. Hace un par de años que se estableció en París con Dorothy, su esposa, a la que conoció en Londres.

T. S. Eliot, Tom (refirámonos ya a este como él lo llama), acaba de llegar también a París procedente de Lausana, en Suiza. Conoce bien la capital de Francia, pues aquí amplió estudios de filosofía en la Sorbona, alumno de Henri Bergson y amigo de un compañero de pensión cuya ausencia no ha llegado a cicatrizar del todo: el estudiante de medicina Jean Verdenal, muerto en la Gran Guerra durante la batalla de Galípoli y destinatario de la dedicatoria de *Prufrock y otras observaciones*, libro que Ezra ayudó a publicar. Pero no ha venido a regodearse en los recuerdos ni a quedarse. En París se reúne con Vivien, su esposa, que ha estado las semanas pasadas en un hotel de la ciudad. Ella ha pasado durante el año anterior meses terribles, sin moverse, hecha una constante lamentación, un amasijo de dolores que aquejan sus nervios, todo ello complicado con la enfermedad de su padre, también postrado como si una maldición hubiese tocado su casa. Tom tampoco ha estado nada bien. Su propia crisis, que él reconoce no meramente nerviosa sino psicológica, con nudos complejos como los del cerebro de Ezra pero con cortocircuitos que no dan chispazos sino que lo funden a él, lo ha llevado igualmente a una situación límite. El médico le ha prescrito tres meses de reposo, aislado en el campo, sin apenas leer ni escribir cartas. Los meses anteriores ya no podía sostener la triple demanda: trabajador en el Departa-

mento de Extranjero de Lloyds Bank, de nueve y media de la mañana a cinco de la tarde seis días a la semana, ocupándose de la marcha de las principales economías mundiales y cómo esta evolución afecta a las obligaciones de pago y a las expectativas del dinero; futuro coeditor de una revista literaria, que va perfilando; autor tanto de prosa crítica como de versos. A esto se le suma el asistir impotente a la enfermedad de Vivien, que no es una mera enfermedad física sino del ánimo, al igual que la suya. Como en tantas ocasiones de sobrefuerzo, es el cuidador quien se va a pique. Él lo ha hecho. Pasó, sí, una temporada retirado en el hotel Albermarle de Margate, junto al mar, y luego se fue a Lausana a ver a un especialista que le había recomendado su amiga Lady Ottoline Morrell: el doctor Vittoz. Los tres meses que le concedió Lloyds para que se repusiera ya han pasado.

Hay médicos que prohíben escribir, como una censura de galeno destinada a alejar las preocupaciones de la cabeza del paciente, y los hay que, por el contrario, piden a este que se exprese hasta con verborragia, ya sea tumbado en un diván mientras ellos escuchan y anotan, ya en un cuaderno a modo de diario en el que el sufriente registra sus acciones y pensamientos, que suelen ser la misma cosa, porque no importa tanto qué hacemos como lo que pensamos que hacemos, no tanto lo que nos hace mal como lo que creemos que nos hace mal. El daño no es una herida, sino la percepción de esa herida a través de enlaces nerviosos y neuronales. Este médico no es psicoanalista, pero tiene un peculiar sistema por el cual hace que el paciente se concentre en una palabra y la repita, mientras él posa la mano en su cabeza tratando de detectar ondas y turbaciones, sismólogo del cerebro y de los desastres naturales que este provoca. Son reverberaciones que conocen en otras tradiciones y de cuyo alcance Tom tiene cierta idea. ¿No es como esa sílaba, el Om,

que al vibrar crea un pulso, el mantra del hinduismo y el budismo, corrientes espirituales que él ha estado estudiando?

El control sobre uno mismo que predica la religión hindú es algo que ha practicado en Lausana bajo la supervisión del doctor Vittoz, hasta el punto de que consigue dormir con sólo desearlo, lo cual es un bálsamo para alguien que padece a menudo, como su esposa, ataques de insomnio, aunque él no se medique contra ellos y sólo permita a veces que el whisky lo amodorre, haciéndolo olvidar sus preocupaciones, pero también empezar a depender del somnífero ambarino.

En Lausana, Tom se ha alojado en la pensión en que ya lo hizo Lady Morrell (en la misma habitación, le aseguran, y él lo cree; por qué no va a hacerlo, tampoco es tan grande el establecimiento). Se trata del Hôtel St. Luce, un lugar cercano a la estación y tranquilo, como la ciudad, que en su mayor parte es una sucesión tras otra de chocolaterías y sucursales bancarias, donde jamás se ve un papel en el suelo o un borracho por la calle y donde no parece que ocurra nada salvo, rasgando el aire, el ruido de alguna motocicleta que baja la calle o el cantar de un disciplinado cuco en su reloj. Tom también tiene cara de pájaro. Más que de cuervo o gorrión, de pelícano, aunque sólo sea porque se clava el pico en el pecho para alimentar su congoja. El tiempo libre, que es casi todo, lo entretuvo paseando por las márgenes del lago Lemán. «Junto a las aguas del Lemán me senté y lloré», escribe en su poema, remedando el comienzo del salmo 137, donde se habla en realidad de los ríos de Babilonia. Por imponentes que sean, apenas pudo ver los Alpes suizos, casi siempre cubiertos por la niebla que, más que del valle y del lago, parecía emanar de su corazón.

Mientras mejoraba bajo la mano de Vittoz, Tom estuvo trabajando en el poema, transformación de un malestar que ya venía de unos años antes, y ha revisado y añadido seccio-

nes. La escritura junto al doctor tuvo efectos terapéuticos en él, que se sirve de los versos para expresar veladamente su experiencia bajo una fachada o máscara, y también para, al componerlos, ahuyentar esa experiencia, sus emociones, su personalidad. Pero no sólo es el paciente quien escribe; igualmente el doctor es autor de un libro sobre el tratamiento de la neurastenia que, en francés, el poeta de *Prufrock* ha leído antes de someterse a sus cuidados, como quien recorre el menú de un restaurante antes de probar sus platos. En su ejemplar, Tom ha subrayado la palabra *aboulie*, abulia. Se trata de una palabra en francés, pero podría ser su firma.

El tratamiento, con una sesión diaria de media hora, parece haber funcionado, o la licencia por causa médica que le dieron en el banco («crisis nerviosa» fue el motivo) ha expirado finalmente, se ha disipado su niebla. De modo que ahora, no bien comenzado enero de 1922, se reúne en París, acompañado de Vivien, con los Pound: Ezra y Dorothy. Si a Suiza se había llevado el poema que venía componiendo, el más extenso suyo hasta la fecha, de ella ha regresado con la obra concluida, a la que ha añadido, con cierta seguridad y fluidez, tras las numerosas dudas, una nueva parte.

Ezra es una enciclopedia viva de literatura, está al tanto de todo lo que se publica en inglés y en otras lenguas, y tiene incontables elementos de comparación que aportan perspectiva. Familiarizado también con lo que se hace en Francia, informa de la actualidad cultural de aquí, y ha reseñado en *The Dial* el año pasado, por ejemplo, un libro de poemas de Jean Cocteau en el que ha hablado de este como poeta de la ciudad. Algo muy inteligente escribió ahí Ezra: que una aldea es una narración, cuando pasa no sé qué cosa, y luego Monsieur C. hace lo otro, etc., a través de determinados hitos que rompen la monotonía del lugar, pero que en una ciudad las impresiones se solapan unas con otras, se entrecruzan,

son cinematográficas, suceden tantas cosas que todas se agolpan en la experiencia de quien allí vive. Él, Tom, que ha leído la crítica, también siente que es un poeta urbano, de ese Londres en el que tiene residencia su infortunio. Y tal vez haga falta un buen montador del mucho celuloide que ha rodado con sus versos.

¿Podrá salir algo bueno de tal cúmulo de tensiones y angustias?

Confía en Ezra, en su criterio, y esta noche, en el nuevo estudio que su compatriota tiene en la *rue* Notre Dame des Champs, hablarán del poema. No sólo de él, naturalmente, porque hay más invitados y los temas se ramifican. También acuden a cenar entre esas paredes de color adobe James Joyce y Horace Liveright, paisano de Ezra y suyo. El novelista vive desde no hace mucho en París. Fue aquí donde Tom lo conoció hará algo más de un año, y le resultó encantador pese a ser irlandés (no termina de entender a los de esta raza). Se nota que es un tipo absolutamente obsesionado con su obra, la cual antepone a todo lo demás. Sin embargo, a Vivien se le antoja un cegato vanidoso y egoísta. A él le parece magnífico lo que ha leído de *Ulises*, sus últimos capítulos, y en ello coincide, claro, con Ezra. No todo el mundo, sin embargo, es de la misma opinión. Richard Aldington expresó en la *English Review* sus reservas ante la influencia de Joyce, que considera perniciosa. Él pensó en salir en su defensa en otro artículo, pero finalmente no lo hizo. Esto, aunque lo prometió, naturalmente no se lo confiesa a Joyce ahora que lo tiene frente a él. En cualquier caso, a este ya le ha manifestado su entusiasmo por la obra. Fue cuando hace poco le agradeció por carta, con objeciones muy menores dentro de la general admiración, el envío de tres manuscritos de *Ulises*: los capítulos «Circe», «Eumeo» y «Los bueyes del Sol».